

*Mario Marín*

Mañana es el día siguiente



Un hombre joven y ocioso, que practica el *running* por vicio y que atiende el huerto de un amigo, se empecina en una discusión con un vecino y transforma su vida, como quien cría palomas o colecciona sellos, en la de un sádico cruel.

Pero es una historia tan inmoral que su malvado desenlace provoca una sonrisa en el lector horrorizado.

Y sonreír al mal no debe ser muy encomiable, aunque Stieg Larsson o Quentin Tarantino tengan tantos millones de seguidores.

*Asco, qué asco que me das  
Grima, qué grima que me das  
Cuando te miro quiero preguntar  
Qué es lo que me vas a dar*

*Asco, Country & Western, 2010  
Siniestro Total*

*Carxofes, carxofes tendres i maques*

*Nacimiento de Dalí de un Hue-  
vo, 1968  
Salvador Dalí*

# Uno

Esto me ocurrió hace solo un año. Me embarbasqué sin freno. Y en cualquier momento vendrán y me llevarán. Estaré en la terraza, viendo algún catálogo de los van Eyck, o de Botticelli, o de Ribalta. Entrarán con un ariete gritando que al suelo y me dejaré coger.

Porque fue mucho. Como romper en agosto un panal con otro panal. Mucho de mucho. No hay otra manera de explicar la cosa sino con la existencia de Dios, porque pasó muy gorda. O fue el nuestro o el de los moros o el de los chinos o se pusieron de acuerdo los tres. La cuestión es que me encabroné y después no supe salir. El asco me pudo.

No fue tampoco por una racha de bares. Mi médica me había tenido agarrado con una medicación fuerte por lo del oído y llevaba más de un mes sin beber nada fuerte. Tampoco fumado. Fumo desde siempre, pero si me da el punto, me paso semanas enteras fresco. La primera vez que me drogué tenía doce años y fue con chicharrones. El chicharrón, si está bien amasado y tú tienes mucha prisa y mucho miedo, te lo meten por hachís y ni te enteras. Se lo pillábamos al hermano de Braulio. El cabrón tenía siempre una postura de chicharrón para los vainas que comprábamos la primera vez. Después, a los dos o tres días nos buscaba y nos pasaba para un par de porros. Se murió este año pasado, y seguía con lo del chicharrón para los aventajados.

A mí me sigue gustando el jaleo, pero ya no hay fuerza para tanto y cada vez la cago menos. Con los veintitantos tuve filos muy malos, de solo ganar para gastar, de buscar siempre lo torcido y de salir una noche aquí y terminar dos días después detrás de allí.

Ahora desde hace un tiempo vengo con otras miras. Hay que respetarse a uno, porque no tenemos más pecho ni más piernas ni más cabeza que la que tenemos, y tienen que durar. Fue mi vecino Pedro quien me convenció. Yo vivo en Huelva, en la Avenida de las Adoratrices, en el bloque del DIA. Y Pedro también. Nunca hemos sido amigos del mismo grupo, él es cinco años más nuevo que yo y tenía su propia gente. Pero sí hacíamos la misma ruta; mismos bares, misma droga y mismas discotecas.

Hará tres o cuatro años Pedro empezó a correr con su hermano chico. Enrique es un chaval largo y muy serio que ahora trabaja en Alosno, de bombero de Diputación. Tenía que prepararse unas pruebas muy zumbadas de correr en unos tiempos y hacer unas tablas de algo y el chaval llevaba muchos años entumecido con los estudios. Cinco para sacarse Turismo y terminar haciendo guardias de noche en el Canela Golf de Isla. Pedro con su hermano es locura, y cuando le dijo que corriera con él, solo le dijo que cuándo y hasta dónde.

Después de las carreras, el hermano siempre se subía y Pedro y yo nos tomábamos dos o tres cervezas en el Bar Madrid. Cuando el chaval hizo los exámenes y aprobó, Pedro me dijo que corriera con él, y desde entonces no he parado. Es una locura lo del *footing*. Como un vicio.

## Dos

Hace un par de años fue cuando Pedro me ofreció lo del huerto. Habíamos salido a correr. Con un frío de los malos y una humedad que parecía batido de niebla. Era la segunda o la tercera semana después de Reyes. Le dimos la vuelta a Huelva empezando por subir al Conquero, bajar a la Orden Alta y seguir después la Ronda hasta volver otra vez a las Adoratrices. Pedro y yo corríamos siempre con mucha sincronía, con el mismo ritmo y el mismo baile. Mucha simetría y equilibrio. Con los primeros pasos cogíamos el compás y ya no lo soltábamos. Si Candida Höfer hubiera pasado con su coche camino de cualquier sitio para una localización y nos hubiese visto correr, habría frenado como una loca, se habría bajado con la cámara en la mano y habría tirado cuarenta o cincuenta fotos. Serie *Movement and Symmetry*.

Mientras corríamos, Pedro me habló de su traslado a Ferrol. Él está con una empresa de montaje, y cuando hay por aquí, por aquí se quedan, pero si vienen malas, subcontratan y tiran para donde sea. El montaje tiene eso, que te mueves mucho.

Pedro salía en cinco o seis días. Para dos años o más si se ampliaba la contrata. Y me dijo lo de Aljaraque. La parcela la compraron los padres al poco de casarse. La fueron obrando y arreglando y terminó siendo una casa de campo muy apropiada. La zona tenía más vecinos, gran parte parejas jóvenes con hijos pequeños o encargados. Todos

los fines de semana de la infancia de Pedro y el hermano los pasaron en el campo de Aljaraque. El padre y seis o siete vecinos más habían conseguido sacar agua con un artesiano que después canalizaron para las huertas de cada uno. Y aquello se convirtió en una Arcadia a donde largarse cada viernes. Huertas donde todo lo que se sembraba se daba, lomas de frutales con endrinos, melocotoneros, azufaifos, perales e higueras, pequeños corrales con gallinas, pavos y conejos, y agua, mucha agua. Agua también para llenar las albercas que cada uno había levantado en su parte alta, que eran la locura de los niños cuando apretaba el calor y que llevaban el sobrante por una pequeña acequia de obra hasta lo sembrado.

Las parcelas están sobre una solana que revira hasta el barranco, donde empieza la zona de pinos. Son pinos piñoneros de la reforestación de los cuarenta y que ahora son hermosos y corpulentos. Un pinar que se abre y tira para el término de Cartaya por un lado y para el de Gibralferrón por el otro.

Ahora ya nada tiene que ver con lo de aquellos años. No hay apenas niños que griten muertos de risa o corran con sus bicicletas subiendo y bajando los carriles. No hay alegría en las tardes, ni coches proletarios aparcados en las entradas, ni chimeneas tirando humo como cigarros habanos.

Las casas, los carriles y las vallas han tenido también su vejez, el padre está muerto desde hace siete años y la madre vive con Enrique. El paraíso que fue el campo, ahora solo es el desahogo de algunos veteranos que cuidan unos huertos medio enmendados, que abren las casas para que se oreen y que llegan solos y se vuelven solos.

Pedro me dijo que el hermano no quería campo, que solo de su trabajo a casa y su mujer y su niña. Y su madre. Y que él tenía enjaretada una huerta que se perdería sin nadie que la asistiese. Y también unos animales por la parte de atrás que daban muy poca guerra. Les tenía unos ali-

mentadores para pienso y agua que les llenaba cuando el trabajo le daba para varios días seguidos. También unos gatos, pero que no querían el cuidado de nadie, que andaban siempre de parcela en parcela y solo aparecían si veían presencia por la casa. No tendría que preocuparme de los gastos; él seguiría pagando la luz, la bombona, el gasoil del pozo, el maíz para las gallinas y el poco o mucho otro gasto que llegase. Me daba las llaves de la casa para que la abriera y guardase allí lo que me pareciera, me daba libertad completa para entrar y salir con quien quisiera y cuando quisiera, me daba el beneficio entero de lo que pudiera sacar y me lo pedía como un favor, como un favor muy agradecido. Porque el campo había sido media vida de sus padres y le daba cosa que se lo comieran las zarzas, como estaba pasando con los de la parte de abajo, los del barranco.

Yo no había tenido nunca a mi cargo ni siquiera unas macetas. Cuando vivía con mi madre era ella la que escarbaba, plantaba, cortaba y regaba aquella selva que tenía siempre en el balcón. Ahora que vivo aparte, en mi terraza solo hay una silla roja de Coca Cola donde me siento algunas noches a fumar, una mesa de mimbre con una tarima de plástico y un cenicero gordo de colillas. Es un cuarto y no tiene ascensor, por eso mi madre no sube y no me llena de verde el balcón. Tiene las rodillas como nueces reventadas. Hace dos años la operaron de la derecha y siguió reventada. Mi madre dijo que se acabó.

—Pero yo sé cero de huertos...

—Samu, coño, eso es un rato. Te digo las cuatro cosas y luego es ir y que no se te vaya. No tiene nada.

—Pero... ¿Cómo lo...? ¿Tengo que ir todos los días?

—No, no, nada. Cuando te parezca. Un par de veces o tres en semana y listo. Los bichos le rellenas y níquel.

Cuando Pedro me propuso atenderle el huerto, la cabeza se me fue al momento para los caminos. Correr entre los pinos. Los desniveles de los carriles, los tiempos, qué

zapatillas irían mejor para la arena y para la grava, la progresión, si tendrían relleno de ripio, si los habría circulares o si me llevaría el pulsómetro Boomerang que pillé del Decathlon.

Nunca había corrido rollo *cross*. Siempre en Huelva. Y no es lo mismo. El hermano de Julio, uno que conocemos de correr, sale siempre con tres más por los carriles de detrás de La Ribera, y cambia todo. El hermano de Julio dice que a las tres o cuatro salidas ya notas otra potencia en los grupos musculares, que a la fuerza, que lo mismo tramos de piedras que zona mojada en una umbría y todo más blando. Y que por eso el multitaco. Otra movida. Vas corriendo y vas vigilando. Y menos lesiones que con lo duro.

Me dijo *huerto* y me coloqué en los umbrales máximos y mínimos que tendría de frecuencia cardíaca y en qué comería para equilibrar las calorías fundidas entre los pinos, dónde haría los estiramientos y el calentamiento, a qué hora empezaría y con cuánto quería empezar el minuto.

–Bueno, Pedro, creo que sí –se lo dije como quien firma un armisticio–. Vale. Huerto, bichos y abrir la casa. Dos años, ¿no?

–Bien, Samu –me dio un abrazo–. Me voy más tranquilo. No sabía si... A cualquiera no se lo podía dejar, tú sabes. Me voy más tranquilo. Sí, dos años mínimo. Vendré por las fechas, pero dos años.

–¿Me llevarás antes para...?

–Coño, Samu, claro que sí. Mañana si quieres. Mañana nos tomamos un café abajo, tiramos para Aljaraque y vemos todo lo que hay que ver. Tampoco es mucho; dónde están las llaves de paso, el pienso, el abono, los candados, las herramientas y para qué son, lo que tengo sembrado, las gomas; tú tranquilo, que lo vemos todo.

–Sí, mañana vamos. Y a ver –me eché a reír–, porque mírame, Pedro. No tengo pinta.

–¿Qué pinta hay que tener para cuidar un huerto, Samu?

–No sé, coño. Mira mis manos; parecen esas de poliéster de las mercerías, forradas de terciopelo –empezamos a reírnos los dos–, las que sirven de modelo para los guantes.

Cuando Pedro llegó a Ferrol, me mandó varias fotos del Castillo de San Felipe y de la playa de Doniños con una locura de oleaje.

# Tres

En febrero yo ya le tenía cogido el sitio al campo. Es una parcela rectangular pero con más anchura por abajo. La casa también es rectangular, con techo a cuatro aguas, de una sola planta y con doblado. Ahí fue donde pasó todo. Todo además con el ahogo y la apretura de un metro ochenta por su parte más alta, donde la traviesa del caballete. Después tiene cuatro habitaciones y un salón con una chimenea de losetas rojas refractarias. Todo tiene un punto de formica y en color vainilla vieja. Los muebles han aguantado bien y apenas crujen cuando te sientas o abres un armario. Hay mucha decoración de cachivaches. Mi madre dice que cuando uno tiene otra vivienda en la playa o donde sea, con el tiempo termina siendo un trastero, y toda la morralla que va sobrándote del piso, sirve para cualquier rincón o pared de la segunda.

La cocina también es espaciosa y aparente. Con una mesa desplegable y dos sillas nada más entrar. Imitan en verde a una madera con la veta muy larga y apretada. Pedro me la dejó muy limpia; sin platos ni vasos en el fregadero. Y todo con orden, colgado o guardado. Es una L de azulejos ocre y sienas combinados, con dos ventanas, una mayor que da a la zona del huerto y otra más chica por detrás. Las dos con cortinas de tul rosa, recogidas con abrazaderas de cordón. Y por arriba los bandós, también rosas, tapando la cajonera de las persianas. La madre de Pedro tiene junto al platero dos láminas enmarcadas; una

es de Juan Pablo II con una mitra de trevira blanca y las dos ínfulas en dorado viejo, y la otra, un cartel de Felipe González de las elecciones del ochenta y dos, con una mirada en diagonal hasta el cielo.

Pedro me presentó a varios vecinos el mismo día que vinimos. Lindero con lo suyo no hay ningún campo habitado. Ni siquiera de fines de semana, ni por nietos ni por sobrinos para cumpleaños ni para Nochebuenas. Tampoco los de enfrente ni los de al lado de al lado. El primero que visitamos fue el de *El Zorruno*. Pedro me dijo que todos le decían *El Zorruno* pero que no sabía por qué. El carril da dos saltos después de los dos pinos gordos y luego coge una curva. Desde la curva hasta la cancela de las pitas es lo de *El Zorruno*.

—¿Y por cuánto te vas?

—De momento serán dos años.

—¿Y tu madre? ¿Con tu hermano?

—Sí, ella está con él. Está bien. Tiene sus cosas, usted sabe, pero bien. Desde lo de mi padre no quiere mucho jaleo, pero bien.

—Pues aquí estamos, hijo, para lo que se te ofrezca. Yo todos los días no vengo, pero lo que se te tercié, si está en mi mano...

—Gracias —miré a Pedro y al viejo y le di la mano como con prisa—, le digo lo mismo. Yo vendré cuando pueda. Este hombre me ha dejado este encargo del huerto —Pedro y yo nos reímos—, y a ver cómo se da.

—Bien. Eso no es mucho, tiene poca ciencia. Cavarle las verdolagas y las cuatro gramas que te salgan y estar pendiente. Y esculcarle las babosas y los caracoles cuando lleguen.

—Sí, a ver si sacamos para poner un puesto —traté de reírme pero solo me salió una carraspera floja y ni Pedro ni *El Zorruno* me siguieron.

—Pues vamos a seguir, Aurelio. Quiero enseñarle a Samu lo de Jacinto.

–Bueno, con Dios –*El Zorruno* se giró lento como un perro viejo y cogió algo de una ventana.

Lo de Jacinto está a casi un kilómetro de lo de *El Zorruno*. Antes de llegar, Pedro vio una cancela abierta en un campo de los de la izquierda del carril. Es una casa mediana con azotea, encalada y con piedras a la vista en las esquinas imitando una construcción de montaña. A su derecha tiene un alcornoque con una copa enorme y un corcho que nunca se ha sacado. Pedro entró con confianza y saludó a una muchacha con un bebé. Se besaron y estuvieron hablando de los padres y los hermanos y del tiempo que hacía que no se veían. Después sacaron los teléfonos y pareció que cambiaban sus números. Antes de despedirse, Pedro me señaló y la chica levantó su mano para saludarme. Yo hice lo mismo.

El campo de Jacinto es más grande que los demás. Todo bien administrado y limpio. Por arriba tiene varios líneas de melocotoneros con una poda casi calcada. Después, junto a la alberca, empiezan los surcos hasta la mitad de lo de abajo. Ahí se parten en tres y cambian a más separados y altos.

Jacinto es un vecino también de los primeros; muy delgado y muy arrugado. Pedro me contó que es muy bueno y muy desgraciado. Que las dos hijas le salieron golfas y se le engancharon. Primero la mayor y luego la chica. El matrimonio perdió dos locales y la casa de Aljaraque pagando las terapias y las recaídas de las niñas. Medio muertos de pena y arruinados se vinieron al campo. La mayor la palmó por ahí tirada, por Sevilla. Después le tocó a la chica; se vino sin fuerzas ninguna y con una hepatitis de las de firmado y entregado. Pedro me dijo que estuvo tres o cuatro meses en el Juan Ramón Jiménez y que lista. También que hace menos de tres años se le mató la mujer conduciendo por la carretera vieja de Cartaya.

Pedro quería presentarme a Jacinto por los semilleros. Ahora es lo que le da el sustento. Tiene algo de su pen-

sión pero muy poco. Cuando lo de las hijas, un cabronazo de un banco le dio un préstamo con una usura que lo dejó frito. Antes era nómina y se arreglaba para pagar, pero ahora ya es pensión y no le llega. Te vende por manojos según lo que sea. Si son tomateras te entran menos que si son cebollinos, pero el precio siempre es el mismo. Con lo único que te cobra más es con los árboles. Los tiene en tiestos de poliespán sobre unas mesas bajas, en la parte de atrás, junto a la valla. Si quieres uno, o tres o veinte, te los saca con cuidado y los envuelve en papel de periódico mojado.

Jacinto tiene toda la parte de más solana tableada con semilleros de todo. Como pequeños campos de fútbol; ocho hileras con cinco camas cada una. Todas con una estaca de gancho en cada esquina y su red por encima. El terreno lo tiene siempre mojado. No te hundes ni es barro, es la humedad perfecta, como una gran alfombra de musgo. Tiene una goma al principio. El agua le llega por presión desde la alberca, y junto a la goma un burro de gavilla con dos cubos dentro. Con una lata muy agujereada de las de kilo va metiendo en los cubos y va regando. Es como una lluvia lenta.

## Cuatro

Durante todo marzo estuve viniendo al campo cada dos o tres días. Salía de Huelva con mi Opel Astra muy temprano, por la carretera de Corrales, siempre con Radio 3. Son unos once kilómetros muy tranquilos, porque hasta Bellavista todo es urbano y no pasas de treinta o cuarenta, luego en la rotonda del final de La Dehesa tiras para la derecha y ya sí es carretera, pero muy tranquilo también, porque son curvas con raya continua y no puedes darle mucho. Antes de coger el coche me metía en el Salón de Juegos Málaga, en la Avenida de San Antonio; para el As, el café, el aguardiente y alguna máquina. Yo no juego mucho, pero me gusta meterle el cambio; algunas veces están calientes y te pagan el día.

Luego llegaba y abría la casa. Después me acercaba a los animales y les arreglaba lo suyo; si pienso, pienso, o si agua, agua. También restos de fruta y cáscaras de mi casa y de varios vecinos de mi bloque. Pedro me dijo que todo eso se lo comen sin problema. Él mismo me compró tres cubos que les dejé a las dos del primero y a la de debajo de mí. Los gatos me tenían cogida la hora y aparecían por las cercas maullando muy falsos y moviendo el rabo como *majorettes*, como si me quisieran mucho. Yo les tenía siempre una golosina de lo que fuera y me dejaba ronronear un rato. Después arreglaba todo lo de la huerta hasta media mañana y luego entraba y me cambiaba.